

# CAPÍTULO UNDÉCIMO

por lo de barraganía,  
 que más bueno es mi designio.  
 Coyundas tiene la Iglesia  
 que son lazadas de sirgo;  
 pon tú el cuello en la gamella:  
 verás como pongo el mío.  
 Donde no, desde aquí juro  
 por el santo más bendito  
 de no salir de estas sierras  
 sino para capuchino.

Con esto dio el cabrero fin a su  
 canto; y aunque Don Quijote le ro-  
 gó que algo más cantase, no lo  
 consintió Sancho Panza, porque  
 estaba más para dormir que para  
 oír canciones, y, así, dijo a su amo:  
 -Bien puede vuestra merced  
 acomodarse desde luego adonde ha  
 de posar esta noche, que el trabajo  
 que estos buenos hombres tienen  
 todo el día no permite que  
 pasen las noches cantando.

②

## CAPÍTULO UNDECIMO

- Ya te entiendo, Sancho - le respondió don Quijote -, que bien se me traslucen que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música.

- A todos vos sabe bien, bendito sea Dios - respondió Sancho.

- No lo niego - replicó don Quijote -, pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo. Pero, con todo esto, sería bien, Sancho, que me vuelvas a curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester.

Hizo Sancho lo que se le mandaba, y viendo uno de los cabreos la herida, le dijo que no tuviese pena, que él pondría remedio con que fácilmente sanase. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y, aplicándoselas a la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no había menester otra medicina, y así fue la verdad.



M. 1920

(4)

Pliago 9

# CAPÍTULO XVII

De lo que contó un cabrero a los que estaban con don Quijote

Estando en esto, llegó otro mozo de los que les <sup>traían</sup> del aldea el bastimento, y dijo:

-¿Sabéis lo que pasa en el lugar?

-¿Cómo lo podemos saber?- respondió uno de ellos.

- Pues sabed - prosiguió el mozo - que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisós tomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Marcelo el rico aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales

- Por Marcela, dirás - dijo uno

- Por ésa digo - respondió el cabrero -; y es lo bueno que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque, según es fama y él dicen que lo dijo, aquel lugar es donde él la vio la vez primera. Y también mandó otras

(6)

## CAPÍTULO DUODECIMO

cosas, tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. A todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio, el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo, sin faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas, a lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todas las pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen a enterrar con gran pompa adonde tengo dicho. Y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver, a lo menos, yo no dejaré de ir a verla, si supiese no volver mañana al lugar.

- Todos haremos lo mismo - respondieron los cabeceles -, y echaremos suertes a quien ha de quedar a guardar las <sup>\*</sup>(palabras) cabezas de todas.

- Bien dices, Pedro - dijo uno -, aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos; yo no lo atribuyas a virtud y a poca curiosidad mía, sino a que no me deja andar el gacarancho que el otro día me pasó este pie.

- Con todo eso, te lo agradeceremos - respondió Pedro.

(7)

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Y don Quijote rogó a Pedro le dijese qué muerto era aquél y qué pastora aquella; a lo cual Pedro respondió que lo que sabía era que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había sido estudiante a su lugar con opinión de muy sabio y muy leído.

- Principalmente decían que sabía la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo del sol y de la luna, porque puntualmente nos decía el crisis del sol y de la luna.

- Eclipse se llama, amigo, que no crisis, el eswrecerse esos dos luminares mayores - dijo don Quijote.

Más Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo:

- Asimismo adivinaba cuándo había de ser el año abundante o estil.

- Estéril quieres decir, amigo - dijo don Quijote.

- Estéril o estil - respondió Pedro -, todo se sale allá.

Y digo que con esto que decía se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacía lo que él les aconsejaba, diciéndoles: «Sembra este año cebada; el que viene será de quilla de aceite;

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Los tres siguientes no se cogera gota ».

- Esa ciencia se llama astrología, dijo don Quijote.

- No sé yo cómo se llama - replicó Pedro - , mas sé que todo esto sabía, y aún más. Finalmente, no pasaron muchos meses después que vino de Salamanca, cuando un día remaneció vestido de Pastor, con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traía, y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo, llamado Ambrosio, que había sido su compañero en los estudios. Olvidábase me de decir como Grisóstomo el difunto, fue grande hombre de componer coplas: tanto, que él hacía los villancicos para la noche del nacimiento del Señor, y los autos para el día de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decían que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de súbito vestidos de pastores a los dos escolares, quedaron admirados y no podían adivinar la causa que les había movido a hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, así en muebles como en raíces,

Pliego 9



CAPÍTULO DUODÉCIMO

Y en no pequeña cantidad de ganado, mayor y menor, y en gran cantidad de dineros, de todo lo que al quedó el mozo señor de soluto, y en verdad que todo lo merecía, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenía una cara como una bendición. Después se vino a entender que el haberse mudado de traje no había sido por otra cosa que por andarse por estos obispados en pos de aquella partera Marcela que nuestro zagal nombró de antes, de la cual se había enunciado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéranos decir ahora, por que es bien que lo sepáis, quién es esta rapaza: quizá, y aun sin quizá, no habréis oído semejante cosa en todos los días de vuestra vida, aunque viváis más años que sarra.

-Decid Sara - replicó don Quijote,

Alvaro 9

## CAPÍTULO DUODECIMO

no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero.

-Harto vive la sarna - respondió Pedro-; y si es, señor, que me habéis de andar zahiriendo a cada paso los vocablos, no acabaremos en un año.

-Perdonad, amigo - dijo don Quijote-, que por haber tanta diferencia de sarna a sarra os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive más sarna que sarra, y proseguí vuestra historia, que no os replicaré más en nada.

-Digo pues, señor mío de mi alma - dijo el cabrero-, que en nuestra aldea hubo un labrador aún más rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual Dios dio, amén de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fue la más honrada mujer que hubo en todos estos contornos. No parece sino que ahora la veo, con aquella cara que del un cabo tenía el sol y del otro la luna; y, sobre todo, hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima a la hora de ahora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer, murió su marido Guillermo, dejando a su hija Marcela, muchacha y rica, en poder de un tío suyo sacerdote y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacía acordar la de su madre, que la tuvo muy grande; y, con todo esto, se juzgaba que le había de pasar la de la hija. Y así fue, que cuando llegó a edad de catorce a quince años nadie la miraba que no bendecía a Dios que tan hermosa la había

CAPÍTULO DUODECIMO

cedido, y los más quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tía con mucho recato y con mucho encerramiento; pero, con esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas riquezas a la redonda, y de los mejores de ellas, era rogado, solicitado e importunado su tío se la diese por mujer. Más él, que a las derechas es buen cristiano, aunque quisiera casarla luego, así como la vía de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo a la ganancia y granjería que le ofrecía al tener la hacienda de la moza dilatando su casamiento. Y a fe que se dijo esto en más de un corzillo en el pueblo, en alabanza del buen sacerdote; que quiso que sepa, señor adelante, que en estas lugares cortos de todo se trata y de todo se murmura, y tened por vos, como yo tengo por mí, que debía de ser demasiado bueno el dérgo que obliga a sus feligreses a que digan bien de él, especialmente en las aldeas. Así es.

- Así es la verdad - dijo don Quijote - y proseguí adelante, que el cura es muy bueno, y vos, buen Pedro, le cantáis con muy buena gracia

- La del señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demás sabéis que aunque el tío proponía a la sobrina y le decía las calidades de cada uno en particular, de los muchos que por mujer la pedían, rogándole que se casase y escogiese a su gusto, jamás ella respondió otra cosa sino que por entonces no quería casarse y que, por ser tan muchacha, no se sentía hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba, al parecer, justas excusas dejaba el tío de importunarla y

Riego 9

## CAPÍTULO DUODÉCIMO

esperaba a que entore algo más en edad y ella supiere escoger compañía a su gusto. Porque decía él, y decía bien, que no habían de dar padres a sus hijos estados contra su voluntad. Pero hetele aquí, cuando no me cato, que remaneció un día la melindrosa Marcela hecha pastora; y sin ser parte su tío ni todos los del pueblo, que se lo desacomajaban, dió en irse al campo con las demás zagalas del lugar, y dió en guardar su mismo ganado. Y así como ella salió en público y su honrilla quedó al descubierto, no es sabrá loenamente decir cuántos ricos, marceles, hidalgos y ladrones, han tomado el traje de Grinóstano y la andan requelbrando por los campos; uno de los cuales, como ya está dicho, fue nuestro difunto, del cual decían que la dejaba de querer y la adoraba. Y no se piensa que porque Marcela se puso en aquella y vida tan sueta y de tan poco o de ningún recogimiento, que por eso ha dado indicio, ni por semejar, que venga en memorables de su honestidad y recato: antes es tanta y tal la vigilancia con quien mira por su honra, que de cuantos la simean y solicitan ninguno se ha alabado ni con verdad se podría alabar que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye ni se esquivá de la compañía y conversación de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando a descubrirle su intención cualquiera de ellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un tralisco. Y con

esta manera de condición hace en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia, por que su afabilidad y hermetura atrae los corazones de los que la tratan a servirla y amarla; pero su desdén y desengaño los conduce a términos de desesperarse, y, así, no saben qué decirle, sino llamarla a veces cruel y desagradecida, con otros títulos a éste semejantes, que bien la calidad de su condición manifiestan. Y si aquí estuviéredes, señor, algún día, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mismo árbol, como si más claramente dijera su amante que Marcela la lleva y la merece de toda la hermetura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro; acá se oyen amorosas canciones, áca

(14)

## CAPÍTULO DUODÉCIMO

desesperadas endechas. Cual hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina o peñabco, y allí, sin plegar los llorosos ojos, embebecido y transportado en sus pensamientos, le halló el sol a la mañana; y cual hay que sin dar vano ni tregua a sus suspiros, en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo. Y de éste y de aquél, y de aquéllos y de éstos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela, y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su ativez y quién ha de ser el dichoso que ha de venir a parar su domeñar condición tan terrible y gozar de hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada, me doy a entender que también lo es la que nuestro zagal dijo que se decía de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y así os aconsejo, señor, que no dejéis de hallaros mañana a su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está de este lugar a aquel donde manda enterrarse media lengua.

— En cuidado me lo tengo — dijo don Quijote —, y agradezcoos el gusto que me habéis dado con la narración de tan sabroso cuento.

— ¡Oh! — replicó el cabrero —, aún no sé yo la mitad

de los casos sucedidos a los amantes de Marcela, más podría ser que mañana topásemos en el camino algún pastor que nos los dijese. Y por ahora bien será que os vais a dormir debajo de techado, porque el sereno os podría dañar la herida; puesto que es tal la medicina que os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente.

Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase a dormir en la choza de Pedro. Hizolo así, y todo lo más de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, a imitación de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido a coces.

